

NÚMERO 32

Un texto dramático polémico y complejo

Perspectivas para un cuadro

Guillermo Heras

Cuando terminamos la lectura del texto *Perspectivas para un cuadro* de Antonio Cremades y Pedro Montalbán Kroebel, muchas son las sensaciones y los puntos de vista que podemos ofrecer de dicha lectura. A mí me quedan dos de una manera clara y dominante. La primera, una construcción dramática compleja y, aunque beba de la fragmentación, ésta nada tiene que ver con una utilización tópica de determinadas estrategias postmodernas. La segunda, la polémica que podría levantar una buena puesta en escena de este material textual.

Son tantas las ocasiones en que ya he reflexionado de cómo en nuestro país existen autores y textos que no son adecuadamente representados, que a veces no sabe uno si es mejor pensar que más vale sólo leerlos. Desde luego esto es una *boutade*, pues bien sé que el deseo y lo que guía a toda persona que escribe teatro es ver a esas criaturas encarnarse, a través de los actores, en materia viva y no sólo ficcional. Por eso estoy seguro de que dado el conocimiento que tengo desde hace ya muchos años de estos dos excelentes autores, nada desearían más que ver hecho realidad en un escenario lo que han parido al unísono como primera escritura de referencia para un posible montaje.

Cierto que esta obra no es fácil. Afortunadamente, diría yo, ante el acoso de tanta comedia insustancial que busca la risa por la risa, en esa burda imitación de los falsamente llamados "programas teatrales" en las televisiones al uso. Ese abuso del monólogo gracioso, del actor que ya no hace un personaje sino que se caricaturiza a sí mismo, de temas banales y chistes que en otros tiempos se contaban en patios de colegios y bares de tapas, han acabado por hacer creer a una parte del público que TODO el teatro que ahora se haga en un escenario tiene que ser una imitación de este modelo televisivo.

Es un placer cuando puedes enfrentarte a un texto adulto, con sus problemas, que sin duda los tiene, pero que su valoración global no puede ser otra que la de encontrarnos ante una dramaturgia a contracorriente, escrito con gran valentía y alejado de cualquier moda. Ya sólo por eso es un texto que debe ser muy tenido en cuenta a la hora de valorar las aportaciones de autores emergentes (no por la edad, sino por sus dificultades para ser estrenados) en la dramaturgia española actual.

Como antes decía, conozco a Pedro y Antonio, desde hace muchos años. Luego he tenido la suerte de compartir con ellos sesiones de trabajo en los Talleres que desde hace años se vienen realizando durante la Muestra de Teatro Español de Autores Contemporáneos de Alicante o bien en un Taller Permanente que allí logramos mantener durante dos años. De este último salieron propuestas muy interesantes, algunas de ellas de estos mismos autores, que lograron ser editadas y algunas incluso ganar premios y posteriormente ser representadas.

En este sentido sería muy importante valorar la tarea de los Premios de Literatura Dramática que hay en nuestro país. Ellos son fundamentales a la hora de dar a conocer estos valiosos textos que de otro modo podrían seguir en los cajones de los autores, durante años y años. Es una lástima que muy pocos de estos premios conlleven también una ayuda económica para la puesta en escena, eso sería lo ideal, pero al menos están cumpliendo con la primera fase imprescindible para incitar a productores, directores, actores o gestores a leer esos textos y así desmitificar el viejo tópico de que en España hay muy pocos autores y autoras que escriban textos para ser representados.

Otra vez la vieja cantinela de "lo literario", algo que no tiene nada que ver con "lo retórico", fantasma muy común en algunas dramaturgias españolas. Sin embargo *Perspectivas para un cuadro* es un buen texto literario y es un buen material para una puesta en escena. Ciertamente y, quizás esto lo plantee desde mi óptica de director, estimo que podría realizarse una cierta dramaturgia (en el concepto alemán) para revisar alguna de las escenas desde su duración o determinadas expresiones que al jugar en épocas históricas diferentes los autores no han terminado de definir del todo. Pero, esas precisiones son las que afortunadamente precisan los textos que apetece acercar al escenario.

La obra, que comienza claramente con un guiño shakesperiano, al colocar a los personajes de Rosencrantz y Guildenstern, dos criaturas emanadas del universo hamletiano, en una guerra que podría ser en cualquier tiempo y en cualquier lugar, si no fuera porque inmediatamente después aparece un largo monólogo a cargo de Holofernes, rey de Asiria entre el 158 y 157 a. C. y que se hizo famoso por su decapitación a manos de la bella judía Judith. Este hecho va a servir de enlace en el laberinto estructural, tan seductor, que proponen nuestros

autores de *Perspectivas para un cuadro*, para tomar el eje de esta inquietante pintura realizada por Artemisia Gentileschi (1593-1639), hija del pintor Orazio Gentileschi, seguidor romano de la escuela de Caravaggio. La historia de esta pintora, uno de cuyos sucesos mayores relata esta obra de teatro, incidió decisivamente en las claves feministas y psicoanalistas con que se ha analizado su obra, sobre todo a partir del siglo XX.

Si observamos con detenimiento el cuadro de Artemisia *Judith decapitando a Holofernes* veremos cómo analógicamente, Pedro y Antonio han logrado traspasar al texto parte de la extrema violencia que se desprende del mismo.

Temas como el discurso de un tirano, la incompreensión hacia el trabajo artístico femenino en una época, el maltrato y violación de una mujer, las miserias de la guerra, la pérdida de identidad de unos personajes perdidos en la batalla, son algunas claves de este texto contemporáneo.

Otra importante aportación a la estructura del texto es el juego que los autores realizan con el tiempo y el espacio. ¿En qué época realmente estamos? Podríamos atravesar desde las lejanas estampas precristianas, la Edad Media, el renacimiento o cualquiera de las guerras actuales en Oriente Medio. La sentencia que en su momento se dicta sobre Artemisia se mezcla con sentencias de febrero de 1996, 2006 o septiembre de 2021 de la Corte de Casación o de la Corte Suprema, sobre el machismo latente en la justicia de todos los tiempos.

Escritura pues, postmoderna, pero alejada de cualquier frivolidad. Ya casi al final de la obra esos dos fantasmas llamados Rosencrantz y Guildenstern, filosofan con palabras como éstas:

G.- Añadiendo más infamia a nuestro descrédito.

R.- ¿Se puede saber de dónde diablos sacaste todas esas palabras? No te reconozco. Somos soldados, no héroes, y mucho menos poetas.

G.- Soldados cobardes. Peor que bufones.

R.- Convéncete. Esta tragedia no es la nuestra”.

Evidentemente la tragedia ha estado unida a la estructura Artemisia-Judith-Tassi-Holofernes, pero como siempre la mirada de los pequeños personajes da a las obras de teatro mucho más calado que el de los héroes sobrevalorados.

En suma, un texto que no dejará indiferente a nadie en su lectura y un material para la escena lleno de sugerencias de todo tipo.